

Á LA INCOMPARABLE
DOCTORA MÍSTICA DE LA IGLESIA
Y REFORMADORA DEL CARMELO;

Á LA VÍRGEN SERÁFICA, MUJER FUERTE
y madre espiritual de numerosísimos hijos;

Á LA GLORIA MAS PURA DE LA ESPAÑA CATÓLICA;

Á SU EXCELSA PATRONA É ILUSTRE VALEDORA

SANTA TERESA DE JESÚS,

ENRIQUECIDA CON EL PODER DEL PADRE,

ESCLARECIDA CON LA SABIDURÍA DEL HIJO,

y endiosada con el amor del Espíritu Santo,

ROGANDO POR EL TRIUNFO DE LA IGLESIA, LA PAZ DEL MUNDO

Y LA PROSPERIDAD DE ESPAÑA

CONBAGRAN CON EL PRESENTE NÚMERO
EN RECONOCIMIENTO

todo el afecto y amor de sus corazones

El Director y Redactores.



A MI ADORADA MADRE TERESA DE JESUS FELICITACION

En este fausto día en que la Iglesia universal celebra vuestro feliz tránsito al templo de la gloria; en este día memorable en que fuisteis llamada por vuestro celestial Jesús a ceñir la inmortal corona de esposa suya, no puedo menos de felicitaros ¡oh gran Teresa!. Mas, no cómo hacerlo, Madrecita mía: soy sin duda la más ruin, la más ingrata de vuestras hijas; pero os amo; deseo siempre amaros de todo corazón, y dentro de este no cabe la alegría que me causa el recuerdo de la inmensa felicidad de que en este día fuisteis colmada. Quisiera hacerlo como los chiquillos lugareños que al felicitar los días a sus padres se los desean en compañía de las personas que les son queridas y recuerdan en su infantil memoria; pero a Vos que os halláis acompañada y amada de la incalculable muchedumbre de los felices moradores de la patria celestial, que como ellos habitáis en la mansión de la eterna felicidad, ¿cómo diré que os deseo el presente día? Os lo deseo (dispensad, querida Madre, mi atrevimiento) que lo paséis felicísimo, rogando y, si es necesario, importunando a vuestro dulce Esposo Jesús, hasta que consigáis que conceda el triunfo a su Iglesia; que obtenga la libertad la Jefe de ésta y representante suyo en la tierra, el inmortal Pío IX; que los enemigos de nuestra sacrosanta Religión sean confundidos y se conviertan a El todos los pecadores; y muy especialmente que se apiade de esta vuestra nación española, de la que sois com-patrona; que se digne suspender su justa ira, dirigir una mirada compasiva a vuestros hijos los españoles, para que volviéndonos todos hacia El nos reconciliemos y obtengamos la paz que tanto necesitamos. Nada os negará vuestro divino Esposo en este día; Vos que sois Madre, y sabéis cuán miserables son vuestros hijos, pedidle a vuestro Jesús que no puede negaros cosa, pues empeñó su palabra, por todas nuestras necesidades, que son muchas; aplacad su justa ira, y haced que en el día de vuestra fiesta nos bendiga a todos, y así vuestra España será otra vez la nación católica por excelencia y feliz. Y no olvidéis tampoco, Madre mía, en vuestro ruego, a la Asociación de Jóvenes católicas, fundada bajo la protección de María Inmaculada y de la vuestra; no ignoráis que después de vuestro Jesús y de su purísima Madre, hemos puesto en Vos toda nuestra esperanza de alcanzar nuestra salvación eterna; para que así sea, haced que Jesús bendiga nuestra querida Asociación y a su Fundador, y derrame sus abundantes gracias sobre todas las que a ella pertenecemos.

Ya que procuro cumplir con un deber de hija, confío que no he de quedar sin recompensa; estoy convencida que no espero en vano de Vos, Madre querida. De Vos, que sois de condición muy agradecida, espero me concederéis en vuestro día muchas cosas que Vos sabéis necesito, y que por ser tantas, no sé por cuáles empezar. ¿No podríais, Madrecita mía, otorgármelas sin yo pedíros las? ¡Me cuesta tanto el pedir!... Tengo tal aversión al pedir, que por eso he merecido alguna vez se me diga, que en esta parte no me anima el espíritu Teresiano. Os suplico, pues, me concedáis la gracia de saber pedir, para suplicaros lo demás que aun que sepáis os complacéis que os diga. Sí, os daré gusto, os lo diré, os pediré un día y otro día lo que Vos queréis que pida, pero... al oído.

Entre tanto os felicito mil y millones de veces por la inmarcesible gloria de que disfrutáis; y para que en su día nos sea más asequible participar de ella, haced que en lo sucesivo se aumente mi amor hacia Vos; que se acreciente también en todas mis hermanas, hijas vuestras, el deseo de amaros y veros amada de todos los españoles, y que todos nos ocupemos de todo corazón de ensalzar y difundir, en cuanto nos sea posible, vuestras alabanzas y la confianza en vuestra poderosa intercesión.

Así se lo promete vuestra más indigna hija,

B.B.

Tortosa 6 de octubre de 1875

A LAS JOVENES CATOLICAS DE CATALUÑA

CARTA VI

Pues tan cumplidamente paga su Majestad, que aun en esta vida se ve claro el premio, y la ganancia que tienen los que le sirven, ¿qué será en la otra?

(Cap. XXI de la Vida de santa Teresa)

Así hablan a un tiempo la fe, la esperanza y la historia.

Bien experimentada en amarguras y regalos Santa Teresa de Jesús. Había pasado horas de sequedad y de goces espirituales, ya de un modo, ya de otro, como quien siente agujón

Dios hacía, pues suya es, la obra sobrenatural: la Santa obedecía dócil, atenta, gimiendo que taladra el alma y regocijos que la inundan manera de paloma y llorando cual hija desolada en busca de su madre. Preciábase de ruin, de pecadora y de miserable, conociendo por la alteza de los dones de Dios que recibía, lo bajo de las cosas mundanas que la rodeaban.

¡Qué conocimiento de sí propia! ¡Qué gratitud a las mercedes de Dios! No es menester más premio en esta vida que el de llegar a semejante estado. Se tiene la conciencia de la verdad en la humildad; la modestia hermosea en lo exterior las bellezas de la virtud en los sufrimientos por amor, y quedando a un lado el mundo, él mismo sirve como materia de piadosas y elevadas meditaciones.

Al cabo quien a Dios tiene, nada le falta. ¿Pero no es de Dios todo lo criado? Y lo es en sus modos de ser. Suyo es nuestro corazón, nuestra vida y sus potencias. ¿Y no es también el autor de la sociedad? Es, pues, necesario adorarle santificando los propósitos, y haciendo del trato humano un comercio de justicia y de caridad que aleje de las familias cristianas recelos que contristan el espíritu y angustian el corazón. Se han de buscar los consuelos en las delectaciones del Señor. Pedir mucho

No erréis, hijas mías, en la elección de objeto ni en los medios de conseguirlo. Sed ágiles en los es desear con eficacia. Pero cuanto más pidamos, tanto más necesitado hemos de juzgar a nuestro corazón.

Disipado va en vanos pensamientos; sabe entretenerlo la tentación, y es tal la agudeza del ingenio humano que parece excederse a sí mismo en procurarse desdichas.

“He mirado a la risa, y he dicho a la alegría: ¿por qué me engañáis?”. Es el Espíritu Santo quien así pregunta en nombre de nuestras flaquezas. ¿Cómo pudiéramos salir de la esclavitud creada por los recreos peligrosos? No tengamos por ley la fortaleza propia, ni nos creamos firmes, ni siquiera en buen lugar, como no hayamos puesto en manos del Señor los secretos de nuestra providencia. Vanos los proyectos del hombre, se tornan poderosos cuando mortificado el ánimo en paciencia cristiana les hace el dolor perder lo que tienen de carnal y de terreno. Yunque es el corazón donde golpeadas las pasiones por saludable meditación se labran los primores de una virtud acrisolada. caminos del Señor, que ellos son verdad y vida.

Os bendice en la fiesta del dulcísimo Nombre de María, de 1875,

+ El Obispo de Jaén

ÑOLA

Barcelona 17 de septiembre de 1875

Rdo. Sr. D. Enrique de Ossó, Pbro., director de la Revista Teresiana.

Muy señor mío y respetable amigo: En nuestra última entrevista en el pasado julio, con motivo de la instalación en esta ciudad de nuestra querida Asociación Teresiana me decía V.: “Es mi deseo resucitar la mujer católica española, cuyo bellísimo tipo es sin par Teresa”. Harta me han hecho reflexionar estas palabras, mi buen amigo. ¡Resucitar la mujer católica española! Es decir, aquella copia de la mujer fuerte de los Libros santos, hacendosa, económica, vestida de púrpura y lino (hilado por sus manos), que vigilaba la conducta de sus domésticos, era

bendecida por sus hijos, y celaba la honra de su esposo, quien hacía un papel brillante en las antiguas Cortes españolas, no inventando historia, diciendo blasfemias, o ensartando sandeces, sino sosteniendo con su palabra los intereses de su fe, su patria y su soberano, como los había defendido con su espada en los campos de batalla. ¡Ay, señor Director! Tengo para mí que, según andan los tiempos, en breve un tipo de mujer católica española ha de ser más difícil de hallar que una momia egipcia. Confieso que no menos ardua empresa me hubiera parecido tratar de que volviesen aquellos días en que España, simultáneamente, casi cual si fuera el gigante de cien brazos de la fábula, arrojaba de su seno los últimos restos de la invasión agarena; rechazaba, como con un muro de bronce, con la fe de un gran rey y un gran pueblo la más funesta irrupción de la herejía; llevaba a desconocidos mundos la luz del Evangelio, y, sin que tan preclaras e inauditas hazañas amenguasen se fuerza creadora, amamantaban sus robustos pechos generaciones de Cisneros, Loyolas, Hernán Cortés, Cervantes y Teresas de Jesús: santos héroes y sabios que hicieron español hasta el sol, obligándole a brillar siempre en los dominios de España, dieron a su patria más glorias de las que pudieron las fatigadas alas de la fama llevar de uno a otro confín del universo, y legaron a los siglos futuros por inestimable herencia esa preciosa unidad católica, que sus descendientes ¡cobardes! Se han dejado arrebatar, como el joven calavera pierde en el juego, en una sola noche, la inmensa fortuna que costara a sus nobles progenitores largos años de trabajo y sacrificios.

¡Resucitar la mujer española! V. mismo, señor Director, habrá observado con rubor y tristeza lo que yo, menos virtuosa, no más española, no he podido ver sin encendérseme el rostro de vergüenza y coraje. Por más que sea triste el cuadro que vamos a bosquejar, debemos detenernos algunos instantes en contemplar el interior de una familia noble y rica, que es, salvo honrosísimas excepciones, el mismo que presentan todas las de clase elevada, y no pocas de la clase media, que aspira ya, no a igualar, sí que a sobrepujar a aquella, como ansía el pueblo sobreponerse a ésta. ¡Válame Dios y qué perdidos estamos! Vamos al asunto. Con muebles y producciones extranjeras está alhajada la casa, y provisto el tocador y el guardarropa. De lenguas tierras han venido, o por artistas extranjeros han sido contruidos, los sombreros vergeles, los peinados bosques, los cinturones salvavidas, los laberínticos vestidos, las abigarradas túnicas, todo, finalmente, desde los altos zapatos hasta los empingorotados moños, que parece tratan de desmentir el Evangelio, probando que la mujer puede muy bien añadir un codo a su estatura. La institutora es inglesa o alemana, suiza el ama de leche, parisiense la camarera, francés también el cocinero; y la niñera, aldeanita española de pura raza, lleva, para disimular su origen, una gorrita del Rosellón o la Provenza. Las costumbres corren parejas con lo demás: se come a la francesa; háblase una jerigonza, en la que apenas quedan vocablos de la rica y hermosa lengua de Cervantes; la biblioteca contiene las modernas novelas de allende los Pirineos; y en cuanto a educación, las niñas aprenden el inglés, el alemán, la historia, la física y la botánica (puede V. figurarse con qué profundidad todo); es verdad que no cosen, ni planchan, ni se ocupan en las demás haciendas caseras; tal vez (Dios me perdone) ni rezan, como era usanza en los días de Teresa de Jesús entre las damas de noble alcurnia, y aún de regia estirpe; bien que en aquellos negríssimos tiempos del oscurantismo no brillaba radiante y esplendoroso, como ahora, el sol de la civilización, de la ilustración, de la libertad que, según barrunto, ha de acabar por derretirnos los sesos.

¿Quiere V. más, señor Director? Pues sepa V. que hay en España nobilísima y riquísima familia que ha llamado la atención en todas las Cortes de Europa, y no ha visitado jamás sus vastas y notables posesiones de provincias, a pesar de contener preciosidades naturales y artísticas que atraen a los extranjeros. Más todavía. ¿No ve V. a los hijos de los nobles agostar su juventud en las carreras de caballos de Londres, en los placeres de París y en las ruletas de Baden, en vez de hacerse dignos por sus talentos y virtudes de los primeros empleos del ejército y la magistratura que, abandonados por ellos, son, gracias a la intriga y al favoritismo, obtenidos muchas veces por hombrecillos ruines? ¿Sucedería esto si sus madres fuesen católicas españolas del temple y raza de Teresa de Jesús?

Extranjerizado todo, si se me permite la expresión, artes, costumbres, teatro, literatura, modas, ya no les queda de español a mis paisanas más que la mantilla, que no ha sido totalmente desterrada, gracias a su raro privilegio de realzar la belleza y disimular la fealdad, y los ojos que no han ideado pintar de rojo-verde o amarillo, menos por la dificultad que ofrece, que por creerlo inútil, temiendo las daría a conocer su mirada de fuego, como por el solo movimiento de abalanzarse a la espada conoció el sabio rey de Italia al disfrazado Aquiles.

No me llame V. mujer de poca fe, amigo y señor mío; ya sé que nada es imposible a Dios, que es omnipotente la intercesión de María y de Teresa; pero convenga V. en que la regeneración de nuestra sociedad, la vuelta a las dignas y españolas costumbres de nuestros

antepasados, sería un milagro mayor que la reforma carmelitana, y la fundación de diez y seis conventos, en los ominosos tiempos del fanático Felipe II. No crea V. tampoco que me niegue, en vista de las dificultades al parecer insuperables, a coadyuvar con mis débiles fuerzas a la que bien pudiera calificarse de asaz temeraria empresa por V. iniciada; lejos de eso, trabajaré con celo, y holgárame fuera eficaz, en la propagación de nuestra Asociación teresiana; pues, si la perdición del mundo es debida, como dice el Profeta de los gemidos, a que no hay quien piense, no cabe duda que la meditación, la oración, la lectura de los escritos de la amable Doctora de Ávila, y los demás actos piadosos que practican las hijas de Teresa son muy a propósito para calmar la agitación febril de la juventud, dar al carácter dulzura al par que firmeza, robustecer en las almas la fe, corregir las costumbres, y hacer entrar suavemente en vías de enmienda y penitencia a una sociedad indiferente, sino completamente descreída, que parece haberse figurado que el Evangelio es, como ciertas constituciones, susceptible de una reforma anual, a gusto del consumidor. Podrá ser, y aún es probable, que trabajemos con escaso resultado toda la noche de nuestra vida, pues tratase, como dice V. muy bien, de resucitar lo que está muerto; pero el Señor es fiel, y algún día, ya que bajo su palabra se han echado las redes, ha de lograrse milagrosa pesca. El ridículo y largo carnaval de la razón, a que hace tiempo venimos asistiendo, trazas lleva de tocar a su fin; y entonces, cuando ponga Dios en la frente de la sociedad la ceniza de la expiación o del castigo, la obra de la regeneración social por la mujer dará inmensos resultados.

Entre tanto, exhortaré con ahínco a mis queridas asociadas a trabajar sin tregua, y con esforzado ánimo, en nuestra propia santificación y en la de nuestros prójimos, por cuantos medios la caridad, que es ingeniosa, nos inspire. Tres hay asequibles a todas: el ejemplo, el consejo y la oración. Si somos pocas, debemos acordarnos de que se nos dijo: "No temáis, pequeña grey"; pues, sea lo que fuere de la sociedad y del mundo, el pertenecer a la Religión y a la patria de Teresa de Jesús, será siempre un timbre de gloria para

Una católica española

SANTOS EJERCICIOS

DE LAS HIJAS DE MARIA INMACULADA Y SANTA TERESA

DE JESUS DE CALACEITE

Con vivas ansias las hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús de Calaceite esperaban la repetición de los santos ejercicios espirituales, ansias que han sido satisfechas en los días 15, 16, 17, 18 y 19 de septiembre.

¡Gracias, queridísimas Madres, por habernos visitado segunda vez en paz y misericordia! Animo, y adelante siempre siendo agradecidas al Señor, hermanitas mías, para que seamos dignas de conseguir igual beneficio todos los años.

¡Rara coincidencia! Los mismo días que el próximo pasado año, y los mismos ministros del Señor, el celoso Fundador de nuestra santa Asociación, y el infatigable y simpático reverendo señor Prior de Mora de Ebro.

Alguna diversidad hubo en las materias que nos explicaron, y notable diferencia en todo lo demás; esto es: más entusiasmo y fervor, y por consiguiente más profundo silencio y recogimiento en el templo, y menos silencio fuera de él, por habernos dicho que podíamos y debíamos hablar lo necesario con nuestros padres y demás superiores, y que el celo por los intereses de Jesús requería de las Celadoras de coro indagar si faltaba alguna hermanita a tan interesantes actos para exhortarla y animarla, aunque en esto muy poco o nada tuvimos que hacer; empero sí en atraer con suavidad y dulzura las pocas ovejitas que aún no tenían la dicha incomparable de pertenecer al rebañito de María Inmaculada y Teresa de Jesús. Para esto último sí que se desataron un tanto las lenguas. Niña hay, que apenas cuenta diez y seis años, que ha ganado ya once nuevas hijas en estos días; de manera, que con toda satisfacción podemos decir que nuestras tiernas y cariñosas Madres han triunfado completamente en las hijas de Calaceite.

El año pasado contaba esta Asociación quince coros; el presente somos ya dieciocho, y principiado el diecinueve, que acompañadas la mayor parte de sus señoras madres, aumentó notablemente la asistencia a todos los actos y las Confesiones y Comuniones.

¡Loado sea Dios, María y su Teresa por haber sembrado en nuestros corazones, y a manos llenas, tan fecunda semilla de virtudes! ¡Dichosas de nosotras si sabemos conservarlas, aumentándolas y perpetuándolas! Hasta el presente no lo hemos hecho mal que digamos; desde hoy en adelante lo hemos de hacer mejor.

Recordemos, hermanitas mías, que el año pasado, y con motivo de los santos ejercicios, decíamos: “La semilla está sembrada; a nosotras nos toca hacer que germine, y recoger sus frutos”. Ahora bien, solo resta que digamos: “La semilla del año pasado ha producido el ciento por uno; la del presente ha de producir el mil por uno”. Nada nos turbe, nada nos espante; que quién a Dios tiene y con él a María y Teresa de Jesús, nada le faltará. Adelante, pues, hermanitas mías, y no volver la vista atrás, ni ponernos las manos en la cabeza. A salvar almas, salvando las nuestras. Que no ha de haber en Calaceite ni una sola joven que no sea toda de Jesús.

Aunque hubo alguna diversidad en la materia que se nos explicó, como he dicho, tan sólo hablaré de la tierna y conmovedora escena del penúltimo día de los santos ejercicios.

¡Qué tierna y dulcísima meditación! El Niño Jesús sobre una mesa; a su lado D. Enrique de Ossó, y en frente todas las ejercitandas, ocupando la primera línea las niñas de diez a catorce años, o bien las teresianas de primera, segunda y tercera Comunión. En vulgar dialecto dirigió al divino Niño y a las niñas miles de preguntas; descubrió a grandes rasgos los principales hechos de su vida oculta, desde su nacimiento hasta los treinta años de su edad; recordó la palmera y los naranjos y los paseos que el Niño Jesús daba alrededor de Nazaret con san José... y mientras las niñas ofrecían tantas y tantas cosas a su Niño, teniendo presente como remunera y con tanta usura el menor obsequio que se le hace, nosotras, que ya no somos niñas, pero envidiosas de su candidez e inocencia y de lo grato que le serían al buen Jesús tantos ofrecimientos, nos reíamos en nuestro interior, y nos decíamos: ¡Cuidado con esas niñas! ¡Oh! ¡y cuántos progresos en la virtud y en tan poco tiempo! A este paso en breve nos van a dejar atrás. Sí, ellas van a robarnos las caricias del buen Jesús. ¡Todo se lo dan al buen Jesús! Y nosotras ¿qué hacemos, hermanitas mías? Hagamos un esfuerzo, y mientras esas corderitas van recogiendo los naranjos por el desierto, y divirtiéndose con el Niño Jesús en Belén, Egipto y Nazaret, volemos nosotras al templo del Señor; y a imitación del obedientísimo Jesús, digámosle a él mismo y a nuestras queridísimas Madres María y Teresa de Jesús, a nuestros padres, hermanos, y a todo el mundo, que hemos nacido para conocer, amar y servir a Dios; que nuestro destino es hacer la voluntad de Dios siempre y en todas las cosas, cueste lo que cueste, murmure quien murmurare, mas que se hunda el mundo.

Sí humilísimo Jesús; sí, amabilísimo Jesús, llamadnos donde queráis; vuestra voluntad cumpliremos, así como Vos cumplisteis la voluntad de vuestro Padre Celestial. Nuestras tiernísimas Madres, san José y el santo Ángel Custodio nos animen y ayuden a ello.

S.F.

VIAJE TERESIANO

CARTA SEGUNDA

Madrid 19 de agosto de 1875

Señoritas hermanas V... e I... hijas de María y de Teresa de Jesús.- ¡Ya lo ven Vds., mis buenas y distinguidas teresianas! Ni Madrid, donde tantas cosas buenas creo yo que se olvidan, ni Madrid con todas sus bellezas (que sí las tiene para quien sabe buscarlas), es bastante poderoso para hacerme olvidar ni de Teresa de Jesús, ni tampoco por consiguiente de Vds., sus hijas, con quienes llevo pendientes, si no cuantas atrasadas, a lo menos el cuento, que promete ser largo, de mis impresiones de viaje, cuyo hilo, que hube de quebrar allá en un pueblo de la Mancha, voy a reanudar aquí en el corazón de Castilla. No tengo interés en ocultarles a ustedes que ya hemos visto lo que más llama la atención del viajero en la corte, como por ejemplo los museos, donde el aficionado puede pasar largas horas de dulce embeleso; las espaciosas y larguísimas calles, sin olvidar la gárrula Puerta del sol, cuya

exquisita limpieza, tanto en tiendas como en todo lo demás, me ha enamorado; los paseos, en particular el Buen Retiro; la Casa de fieras, las fuentes, los principales palacios, cuyas fachadas, de piedra blanca labrada, casi desvanecen los ojos, al ser perpendicularmente bañadas por este claro y brillante sol de Castilla; y finalmente, las iglesias, que no sin razón pongo en último lugar (aunque fue lo que primero visitamos), pues por desgracia lo merecen bajo el punto de vista del arte. Recordando a santa Teresa, hemos repetido muchas veces aquellas palabras suyas, tan llenas de gracia y discreción en la ocasión en que las dijo, hablando con aquellas encopetadas señoras de la corte: - ¡Qué lindas calles tiene este Madrid! Mas hoy quiero, mis buenas teresianas, hacer que para mí enmudezca ese mundo de ruidos que aturden los oídos, y de luces que marean la vista, pero mundo de silencio frío y punzante para el alma: a ver si así puedo con mayor desembarazo y holgura sumergirme en ese otro más tranquilo mundo de impresiones y de recuerdos teresianos, cuyos elementos ando recogiendo avaricioso, como el más preciado perfume, para embalsamar todos los días de mi vida. ¿Qué también quieren Vds. Aspirar esos dulces aromas del alma, me están diciendo?- Pues sigan Vds. Leyendo, porque, o he de poder yo poco, o tengo de lograr que consigan aspirarlo.

Decíales en mi anterior que no pudo ser más agradable la primera entrevista que tuvimos con las Religiosas Carmelitas de la Jara. Mas ahora les añadiré a Vds. Que los días 14, 15 y 16 que estuvimos allí, fueron para nosotros un momento. En aquel locutorio pasamos ratos dulcísimos e inolvidables. Allí hubieran Vds. adivinado, como los adivinó mi corazón, escondidos tesoros de inmaculada y espiritual belleza: almas tan ricas de sencillez, de candor y mansedumbre, como de talento y virilidad de espíritu. ¡Qué equivocado anda el mundo, imaginando que entre las monjas solo se encuentran benditas e infelices mujeres! Allí había, entre otras, una Religiosa anciana, que crean Vds. es lo que hay que ver y oír. Cómo es la más antigua de todas y conserva muy clara ¡ya lo creo! La cabeza, tiene en sus manos el hilo de la tradición del Convento, razón por la cual acudíamos a ella para enterarnos de todo. Y la bonísima Madre Eusebia, con aquella bondad suya, a la cual no creo haya otra que se le parezca, nos iba poniendo al cabo de la calle de todo lo notable que ha sucedido en aquel convento del Milagro como con razón le llaman. Allí, nos decía que tienen (y lo vimos después) un Niño Jesús, que desde que la santa Madre Teresa de Jesús lo trajo allí, ha sido el constante favorecedor y único Patrono del Convento, socorriéndole en todo linaje de necesidades y estrecheces. Así lo prometió a santa Teresa al fundar dicho Convento, y así exactamente lo ha cumplido hasta el presente. Le llaman las religiosas el Niño Fundador, siendo el más amado de todos entre el ejército de Niños Jesuses que tienen. “¿Pues de dónde han sacado Vds. tantos Niños?” les preguntamos nosotros. Y ellas nos contestaron que hay allí la costumbre de entrar las novicias acompañadas cada una de su Niño Jesús, al cual aderezan y halagan durante su vida. Ahora recuerdo que una monjita tuvo la bondad de sacarme el suyo, que les digo a Vds. no han visto cosa más mona, y eso que Vds. han visto preciosas monerías. Estaba suavemente recostado en una cunita que era un campo de nieve. Bien se echaba de ver allí la mano tierna que lo aderezaba, y el corazón más tierno aún, que en halagarlo y mimarlo tenía sus complacencias. Bajo de su bracito vi. que llevaba un papel enrollado: lo tomé, y vi que contenía unos versos. ¡Tiernísimas delicadezas! ¡Inocentes y amorosos requiebros de un alma pura!... Se dignó escribir allí también mi nombre, por cuyo motivo me permití guardarlos en mi cartera. Ya los verán Vds., Dios mediante, y entenderán cómo también hay poetisas en el Claustro, pero sin saberlo ellas mismas. Al devolver aquel precioso Niño, llevaba también bajo su bracito unos versos, pero no eran los mismos. No quise pecar de descortés y desagradecido, y escribí unas estrofas. Ya las quisieran Vds. ver. Pues bien, aquí van un par, para muestra.

Alma tierna y hermosa
que el nido tienes
colgado de una rama
florida siempre,
que el vientecillo
al pasar lo acaricia
con un suspiro

Pídele al dulce Niño
(¡ay te ama tanto!)
Pídele que me hiera
con aquel dardo,

con que tan diestro
supo herir dulcemente
tu blando pecho.

Pero aún no les he hablado a Vds. de las habilidades del Niño Fundador, a quien pudiéramos llamar el Niño de los Niños. Yo creo que se pudiera escribir un libro con este título: "Historia del Niño Fundador"; porque hay mucho que decir sobre él. Básteles saber por hoy que hemos visto y tenido en nuestras manos unos rosarios que por una manera maravillosa dio dicho Niño Jesús a la venerable Ana de san Agustín, compañera de santa Teresa, a quien ésta dejó por Priora en la Jara. Lo mismo puedo decirles de unas monedas de cobre y otra de plata que el mismo Niño dio a la Venerable para pagar a unos albañiles que trabajaron en el Convento y a quienes las monjas no podían pagar. Este es también aquel Niño a cuyos pies ponían las Religiosas algunos maravedises y se multiplicaban luego con tan buena suerte que la necesidad del Convento quedaba remediada. Pero lo más gracioso es lo que voy a decirles. Hallábase en necesidad el Convento, y fuese la venerable Ana al Niño Fundador en demanda de socorro. El Niño, que oyó la súplica de la Venerable, bajose de la alacena donde estaba colocado, y diciéndole a la Venerable: Vente conmigo, la condujo al huerto: allí le señaló con el dedo un agujero que había en la pared, en donde ella encontró una cantidad de dinero, con la cual salieron de apuros. Pero lo particular era que aún se quejaba muchas veces si no iban a pedirle. Es que ha querido y quiere aún cumplir la promesa que hizo a santa Teresa al fundar dicho Convento, de que nunca les faltaría a sus hijas lo necesario, si observaban la Regla. He dicho que aún hoy quiere el Niño Jesús cumplir su promesa, porque han sido también maravillosos en estos tiempos los medios de que se ha servido para favorecerles a estas Religiosas, de suerte que aún puede llamarse este Convento del milagro-. Otra graciosa habilidad del Niño Fundador, que es preciso no olviden Vds por si acaso. Hemos probado el potaje que comen estas Religiosas, y al hallarlo muy bueno (que lo es mucho) nos han dicho las monjas que el Niño Fundador le echa las salsas. ¿Qué tal?... Pero ¡qué lástima que ésta y otras muchas cosas más no las puedan Vds. oír de boca de la Madre Eusebia, o sino de alguna otra hermana Felicianana, que no le va en zaga!

Ahora les quiero participar a Vds. la agradable sorpresa que tuvimos. ¡Nos tenía preparadas tantas santa Teresa! Era la víspera de la festividad de la Asunción de María. En ese día suelen sacar las Religiosas de dentro del convento la hermosa y florida litera donde descansa la Virgen en su misteriosa dormición. En el momento en que, ayudado de un compañero, la sacaba el Hermano, nosotros acertamos a estar allí. La litera y la preciosa imagen estaban, como Vds. su pondrán, de mil primores. Pero ¿creen Vds. que nos detuvimos a mirarlas? El tiempo es oro, me dije; y con una mirada la más intensa y abarcadora que pude, procuré observar todo el espacio del patio y claustro interiores, que desde el umbral de la portería se podía ver. Por allí dentro descubrí festones de verdura que ondulaban al soplo de una aura tranquila; parras y flores de matices más bellos; rayos de sol más puros y virginales, y sombras que a mí me pareció tenían mayor frescura y encanto que las otras. Ya no extrañé yo que por allí dentro se den castos abrazos la piedad y la poesía. Pero he dicho mal: para un alma que ama, ¿no es todo poesía? Tres o cuatro Religiosas habían acompañado la litera hasta la puerta, en donde, después que la hubieron sacado, se arrodillaron, queriéndonos besar las manos y pidiéndonos la bendición. Se la dimos, sí; pero ¿creerán Vds. que en mi interior les suplicaba me bendijesen ellas a mí? Creo que no fue desoída la muda plegaria de mi alma.

Por la tarde del mismo día oímos cantar por primera vez a las Religiosas, las cuales lo hacen con muy afinadas voces y con expresión. Se había convenido que Teresa, la compañera de Vds., entrase aquella misma tarde, antes de cantar la Salve; y así se hizo. Nosotros a la hora designada la acompañamos a la portería. Salieron allí la Madre Priora y la Madre Mestra de novicias con otras dos Religiosas. Teresa se arrodilló a sus pies, besó el santo Escapulario a las Religiosas y las abrazó una tras otra, pero con unos abrazos que me temí no se acababan. Abrazó después a su hermano, que estaba con nosotros, derramando el pobrecito las últimas pero gozosas lágrimas. Después nos besó a mi compañero y mí la mano, dándole la bendición. Y esto fue todo. Otra mirada ambiciosa por aquel recinto interior, y se cerró la puerta. Luego entramos en la iglesia, donde las Religiosas cantaron al órgano una Salve hermosísima. Entre aquellas voces nos pareció ya oír el arrullo de una nueva paloma que, en busca de un nido, acababa de alzar su vuelo en aquella amena soledad. Eran los preludios del cántico de salud que la feliz doncella dedicaba agradecida a la Virgen que protegió el misterio de sus castos amores.

A la mañana siguiente, fiesta de la Asunción de María, dije yo misa por la mañanita, distribuyendo la sagrada Comunión a las Religiosas, entre las cuales distinguí a Teresa, hecha toda una Carmelita. Quedé complacido y edificado. Vds. comprenderán que eso lo dice todo. A las ocho comenzó la misa solemne, en que ofició mi reverendo compañero, siendo cantada a voces y al órgano por las Religiosas. Subí yo al púlpito y hablé del triunfo que María alcanzó aquel día. Al concluir dije una palabra a la novicia y otra a las Religiosas. Ahora mi compañero, que está a mi lado escribiendo, me mueve pleito si fueron más de una y más de dos las palabras que les dirigí. Vds. crean lo que gusten. Serían sobre las tres de la tarde cuando fue la toma de hábito. Acudió todo el clero de la población y mucha gente, acercándose los sacerdotes con roquetes todos y llevando cirios encendidos en las manos. Don Enrique iba revestido de capa, pues él era quien estaba facultado para imponer el hábito. Yo me coloqué de suerte que ningún detalle del espacioso y lindo coro bajo, ni ninguna circunstancia de aquel acto, que siempre es tan tierno, pudiéronse escapar a mis ojos. Figúrense Vds. hasta qué punto es verdad esto (¡curiosidad como la mía!) que hasta sorprendí, a través de sus velos, la involuntaria sonrisita de unas Religiosas, cuando al ir una de ellas a dar luz a las demás, se le apagó, andando, el cirio que llevaba encendido. La Postulante estaba sin saber lo que le pasaba de gozo, pues a las preguntas que le hacía el sacerdote, según el Ritual, apenas si acertaba a contestar cosa alguna. Todo aquello era ciertamente muy hermoso. Pero cuando me sentí más conmovido fue al tenderse la Postulante sobre el suelo, frente la reja en la parte interior. Un coro de Religiosas cantaba dentro aquellas estrofas bellísimas impregnadas todas ellas de amor sagrado, contestando nosotros desde fuera, mientras una de las Religiosas andaba esparciendo flores sobre el hábito de la feliz doncella, que, muriendo al mundo, acababa de engalanarse con la librea de las esposas del Cordero. Aquella actitud de la religiosa cogiendo puñaditos de flores y verdes hojas de un canastillo y echándolas con gracia sobre su hermana, allí tendida, me pareció un cuadro muy bonito, lleno de interés y de ternura. Muerta parecía estar allí la novicia, pero ¡de cuánta suavidad, calma y dulzura estaba rodeada esta muerte! ¡Qué hermoso cuadro para el pincel cristiano! ¡Qué bellísimo tema para la fantasía de un verdadero poeta! Gustavo Bécquer quiso ensayarse en dibujarle con su pluma, y lo hizo tan bien como él sabía hacer estas cosas; pero ¿no les parece a Vds. que sólo acertó a pintar la belleza exterior del cuadro en *Las tres fechas*, pero que no supo, no podía saber pintar la interior belleza, la poesía inefable, la celestial embriaguez de amor santo, que si bien se deslizaba por el fondo del corazón de la novicia, se adivinaba, sin embargo, reverberar en su rostro dulcemente iluminado? Entonces sé yo que estaba orando por la santa Iglesia, por España, por el mundo entero; mas entendiéndolo también que la idea de su felicidad en Dios venía a absorberla en tanta manera, que todos sus pensamientos, todos sus afectos, todas sus sensaciones difundían en este solo pensamiento, que fue la aspiración de toda su vida: ¡Ya estoy en el Claustro!

Mas dejemos a la novicia gozando a sus solas con su Amado, y digamos dos palabras acerca de la función que, acto continuo, tuvo lugar en la misma iglesia. Se expuso S.D.M., rezándose a seguida el santo rosario y siguiendo el sermón, que dijo mi reverendo compañero. Nada quiero decirles del orador, porque es excusado decir lo que Vds. Ya saben. Solo añadiré que el púlpito es muy lindo. Ahora añadirían Vds. Que también lo fue el sermón. Pero yo, aunque lo crea, no quiero decirlo. Lo que todavía no les he dicho es que la iglesia, por lo graciosa, aseada, pulcra y que sé yo qué más, es una tacita de plata. Todos estos días la vimos tapizada completamente de ricas colgaduras de seda. La bóveda está formada por un gracioso y elegante artesón de maderas, que hace muy buen efecto. Las religiosas cantaron al órgano durante la función algunas cositas muy buenas. En una palabra: se hizo una función y toma de hábito tan solemne como no había visto otra semejante el Padre que hace cuarenta años está en este convento. Como Vds. Comprenderán, apenas si salimos todo el día de la iglesia. La Asunción y las monjitas se lo llevaron todo. Casi estoy por decirles que celebramos dos muertes, pero que eran dos triunfos, dos asunciones a la vez. Una Virgen abandona las oscuras tinieblas de la tierra, levantándose en hermoso vuelo a las claridades del Paraíso. Otra virgen también deja gozosa la escoria de este mundo, y se eleva a esa otra región más serena y pura del claustro, para vivir la vida escondido con Cristo en Dios, según la frase del Apóstol. Celebramos una doble Asunción.

A NUESTRA MADRE STA. TERESA DE JESÚS

EN EL DIA DE SU FIESTA

Hoy de tus hijas las preces
Cual un perfume oloroso
Se elevan hasta tu Esposo
En alas de su fervor.

Hoy sus almas, alumbradas
Con un rayo de tu gloria,
Alzan himnos de victoria
Hacia el trono del Señor.

Hoy rendidas te presentan
Sus corazones amantes,
De alegría palpitantes,
Abrasados en tu amor;
Y te ruegan, Madre amada,
Por la fe con que imploran,
Consueles a los que lloran
Bajo el peso del dolor.

Te suplican por tu España,
Por el Pontífice santo
Que derrama acerbo llanto
Víctima de la impiedad.

Te ruegan también, ¡oh Madre!
Que los pobres pecadores,
Abjurando sus errores,
Vuelvan al Dios de bondad.

Te piden por sus almas
Las flores de la inocencia,
Cuya aromática esencia
Es agradable al Señor.

Y sobre todo te ruegan
Por que tu Esposo querido,
Sea de hoy más conocido
Y amado con más fervor.

La Hermana mayor de las Hijas de María y Teresa de Jesús.
Tortosa, 4 de octubre de 1875

UNA TRAVESURA DE SANTA TERESA

¿Os choca ¿eh? La palabrita?... Pues no me da ya la gana de retirarla. Porque, sí señores,; travesura y no otra cosa fue de aquella niña traviesa (como rezan los gozos de la Santa), la que nos hizo hace no mucho tiempo dicha Señora, llevándonos a un amigo mío y a su servidor de Uds. Por entre vericuetos y romerales, andando perdidos y desorientados en busca de lo que apenas sabíamos si existía.

Por otra parte, es preciso que de una manera o de otra se enteren de esto los lectores de la Revista, y ¿cómo saber uno hablar en serio y presentarse de etiqueta cuando se trata de contar travesuras como ésta? Y si no vamos al caso.

Pues, señores, era una tarde de las calurosas de julio. Dejábamos un amigo mío y éste su servidor la ciudad de Barcelona andando encajonados en un carricoche, en donde nos estrujábamos unos a otros muy bonitamente y nos ahogábamos de calor y de polvo, que, créanme Uds., era aquello una miseria.- ¿Pero se podrá saber adonde vamos? Le decía yo a

mi amigo viendo que nunca llegábamos ni siquiera veíamos el término de nuestro viaje.- Yo creo que pronto llegaremos, me contestaba mi amigo.- Vamos pues allá, murmuraba yo tristemente. Y hala, hala, marota, el carricoche nos llevaba dando unos saltos de mil diantres, haciéndonos a cada paso dar unas descomunales cortesías y obligándonos a hacer mal que nos pese carantoñas las más desdichadas. Al fin y al cabo, pues no hay mal que no se acabe, el carricoche paró, felicitándonos por tanta ventura. Yo me imaginaba que la casa del amigo que buscábamos estaba cerca, pero figúrense nuestra sorpresa cuando supimos que no estaba sino allá lejos, a lo último de aquellas caserías y pasadas todas aquellas huertas que a nuestra mano derecha se divisaban.

Andando a pie por aquellas torcidas sendas nos dirigíamos cubiertos de polvo, y hechos un mar de sudor, a la casa de nuestro amigo, cuando hube de decirle a mi compañero:

- Pero ¿quién nos ha traído por estos andurriales? ¿Se podrá saber?

- Amigo mío, no lo sé ni yo tampoco, me contestó.

- ¡Esta sí que pega! Pero si tú no sabes quién nos trae aquí, lo sabré yo.

- Pues, sí, señor, figúrate que no lo sé. Pasó ayer tarde un compañero por mi lado, y de buenas a primeras me dijo después de saludarnos (pues no nos conocíamos tampoco) que si iría a su parroquia vecina de la ciudad a instalar la Asociación de santa Teresa. Como vi en él tantos deseos de obsequiar a la Santa...

- En seguida te comprometiste, ¿no es verdad?

- Así fue; pero como si me hubiese olvidado en aquel momento de toda la barahúnda de negocios y anteriores compromisos.

- Eso es, eso es, y después vienen inconvenientes, como los de hoy. ¡Me hacen gracia estos viajes!

- ¿Pues que le he de hacer? Yo no tengo la culpa como ves.

- Pues no sé quien la tendrá. ¿La tendrá yo?

- Hombre, no. Dejémonos guiar por santa Teresa...

- Con que santa Teresa ¿eh? Si ya lo decía yo... ¡Vamos, tiene unas cosas esta santa Teresa! Le dije yo.

- Es una travesura suya, y nada más.

- Pero travesura que pagamos nosotros, le contesté.

- Déjate guiar, y verás grandes cosas.

Me dejé guiar, sí señores, por más que las piernas dijiesen ya “descansen”, y andando camino arriba por la pendiente de una colinita, llegamos tras un buen rato a la deseada casa de nuestro apenas conocido amigo. Tocamos a la puerta, y... ¡oh desgracia! Nuestro amigo no está en casa. Así nos lo dice una buena mujer como despavorida viéndonos allí descolgados sin saber de donde ni con qué fin al declinar la tarde.

- ¿Qué hacemos, amigo mío? Le dije yo. ¿Sabes que comienzan a hacerme gracia las tales travesuras? ¿Conque te parece a ti que para no encontrar a ese amigo era necesario perder un tiempo precioso, sudar el kilo y ahogarnos de polvo por estos caminos?

- Déjate guiar, y calla.

Me dejé guiar, sí señores, y me cosí los labios.

En la casa no encontramos al dueño que buscábamos, pero se nos dio luego a conocer un guapo y amabilísimo joven que nos ofreció los mejores servicios y nos trató con la mayor cordialidad y franqueza. Después de descansar un buen espacio, este joven nos invitó a dar un paseito por allí cerca mientras vendría el amigo ausente, a lo que nosotros accedimos.

¡Paseo delicioso y encantador que nunca olvidaré! Había yo oído hablar de aquellos jardines hermosísimos, de aquellos surtidores y cascadas de aguas bullidoras, de aquellos mágicos invernaderos donde el florido abril se perpetúa; algo me habían contado de aquellas fresquísimas grutas, de aquellas casitas rústicas tapizadas de yedra, de aquellas estatuas, de aquellos góticos templetos, de aquellos estanques en cuyas tranquilas ondas saltan esmaltados peces; de aquellos bosques solitarios y juegos de agua, y ríos, y puentes; de aquel palacio, en fin, donde la naturaleza y el arte se han dado un estrecho y cariñoso abrazo para producir una obra en cuya contemplación los sentidos quedan dulcemente embebecidos y halla también el alma cumplida, deleitosa satisfacción a sus más delicadas y sublimes aspiraciones. Pero yo no sabía, ni siquiera podía imaginar, que Teresa de Jesús me condujese a sitios que yo tanto deseaba ver.

Después de gozar lo que Dios sabe en estos jardines que no creía poder visitar, díjome mi compañero de viaje:

- ¿Vas conociendo ya quién nos ha traído aquí?

- ¿Quién puede ser sino la “niña traviesa”? contesté yo, sonriendo a la vez.

- Pues aún has de ver mayores travesuras, me dijo.

Efectivamente, abandonado que hubimos aquellos lugares deliciosísimos, pues ya las sombras de la noche se iban vagamente tendiendo por el valle, sin grande tardanza, llegamos a la casa de nuestro amigo, a quién encontramos esperándonos en la puerta.

Después de las frases cariñosas que la amistad cristiana sabe mejor que otra ninguna inspirar a los corazones, vino el nombre de Teresa de Jesús a dar el tono a nuestra conversación de la velada, que se pasó en pensar lo que se había de hacer a la mañana siguiente. Es excusado decir que nuestro sueño fue lo más apacible, al ser deliciosamente arrullado por los purísimos y flotantes velos de una aparición celeste que a nuestra fantasía hubo de semejar la sombra de vuestra bien Amada, lectores teresianos.

Llegó la mañana, y al salir a una galería desde dónde se descubría una hermosa campiña plantada de árboles frutales y viñedos, vino a sorprender gratamente a mis ojos la vista de una porción de muchachas que cubiertas de blancas mantillas se dirigían a la iglesia. En seguida vi más niñas, que andando alineadas y dirigidas por unas monjas, sus maestras, llevaban la misma dirección. Habían sin duda oído el nombre de Teresa de Jesús, y no querían faltar a la consigna.

Yo también no tardé en bajarme a la iglesia para gozar del espectáculo, siempre nuevo e interesante, de la juventud femenil al acogerse a la salvadora enseña de Teresa de Jesús. Desplegada ésta gallardamente por el celoso fundador de la Asociación en el sermón de la misa, no hubo muchacha de aquellos campos que no quisiera militar bajo las inspiraciones de tan insigne Capitana. La función religiosa, amenizada por religiosos cantos y armonium, dejó en los corazones de aquellas jóvenes y niñas las impresiones más dulces y saludables. Teresa de Jesús creo yo que hizo con ellos un negocio no despreciable abriendo fácilmente con sus llavecitas -¿os acordáis de las llavecitas del cuento?- aquellos corazones tan sencillos y buenos.

Harto lo dieron a entender, cuando subiendo, después de la función, a la abadía parroquial, no trataron de ocultar las pobrecitas el gozo profundo de sus almas, considerándose felices en ser Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús. Animosas por demás se mostraron también las escogidas para formar la junta, cuando el reverendo señor Fundador, de acuerdo con el reverendo Párroco de aquella iglesia parroquial (que otro no era nuestro amigo), designaron entre ellas a siete, quienes no vacilaron en aceptar humildemente, pero con grandes alientos, para llevar adelante la instalada Asociación.

Pero veo otra travesura (¡si lo digo yo!) de nuestra gloriosa Castellana. ¿A que no sabéis cómo hallamos que se llamaban las siete muchachas que componen la junta de la Asociación? ¿qué no lo sabéis? Pues se llaman todas ellas Teresa. ¡Una junta de Teresas! Divertida y graciosa en extremo la estado la Santa. Si es verdad lo que dice un amigo que yo tengo, de que todas las Teresas son discretas (sin duda porque se pegarán algo) figúrense mis lectores la dosis de discreción que reunirán entre todas. Con ella todo irá bien.

- ¿Y ahora qué me dices de Teresa de Jesús? Me preguntó mi compañero de viaje.

- ¿Sabes que te digo, que es una niña de las traviesas? Le contesté.

- De modo y manera que lo que ha hecho santa Teresa de Jesús no ha sido sino...

- Una gran travesura, sí; pero travesura que si ella lo necesitase (que lo necesita), iba a desacreditarla, en la instalación de su Asociación en la parroquia de San Juan de Horta, de *muy traviesa*, así como la tiene ya, y bien merecida, por todas partes de *gran baratona*.

J. A.

HECHOS EDIFICANTES

XXII

NO SOY TERESIANA

- ¿Qué tienes, hija mía? ¿Por qué lloras?

Estas preguntas hacía con maternal solicitud una madre cariñosa a su querida hija, a quien había sorprendido en solitario aposento enjugando las copiosas lágrimas que surcaban sus inocentes mejillas.

- Nada, madre, respondía la joven; V. no puede remediar mi mal, ni aliviar mi aflicción. Y continuaba llorando.
- ¿Cómo, hija mía? Cuéntame ¿qué te pasa? ¿Serías capaz de ocultar a una madre que te ama con delirio la causa de tus sufrimientos?
- No, madre mía; pero es cierto que su delirante amor no puede consolar mi pena.
- Con que a tu madre ocultas...
- No, no puedo ocultar la causa de mi llanto a una madre querida que al nacer enjugó mi primera lágrima. Voy a contárselo todo:

Verá V. que esta tarde he asistido a la recepción solemne de la nueva imagen de santa Teresa de Jesús, y he presenciado la sagrada ceremonia de su bendición. Tan agraciada, tan hermosísima he visto a la ilustre Avilesa, que parecíame contemplarla en el paraíso al lado de su divino Jesús.

- ¿Y por eso lloras?
- No, no es por eso por lo que lloro.

He admirado el inmenso gentío de vecinos y forasteros que han concurrido a la augusta ceremonia; he escuchado dulcemente conmovida los entusiastas vítores con que ha sido saludada la bellísima imagen de Teresa... pero he pagado a una santa envidia el tributo de mis lágrimas... he llorado, sí, y aún ahora lloro al recordar las tristes reflexiones que esta tarde me asaltaron ante el espectáculo más brillante y conmovedor que recuerdo haber presenciado en mis días pasados, y que es difícil se repita en los días posteriores.

¡Qué felices son esas jóvenes, me decía, que llaman a boca llena "Madre" a Teresa de Jesús! Y yo carezco de esa dicha inefable, porque... ¡no soy teresiana!

Diez años tan sólo cuento. Jesús sacramentado no ha visitado aun mi corazón, aunque ardientemente lo deseo. Y he aquí por qué a pesar de mis crecientes ansias... ¡no soy teresiana! ¿Cuándo os recibiré, Jesús mío?

Veré gran número de jóvenes más dichosas que yo postrarse ante la encantadora Teresa, para hacerle en la semana la visita prescrita; las contemplaré rendidas a sus soberanos pies, para emplear en recogimiento y santa oración un cuarto de hora cada día; yo también quiero emplearlo... porque amo a tan gran Santa y esclarecida Doctora... mas ¡ay de mí infortunada! Yo no podré, como ellas, llamarla con el dulce nombre de "madre" porque... ¡no soy teresiana!

¿No es justo mi llanto? ¿Puede V. consolarme?

Sí, desconsolada joven, justo, muy justo es tu llanto; pero consuélate con la esperanza del próximo día en que será también tuya esa dicha que anhelas. En breve recibirás en tu corazón al buen Jesús de Teresa en el sacramento de su amor, si procuras entre tanto prepararte dignamente; pues la tardanza de un año ¿qué es? Pasará como relámpago; y entonces, ya ¡qué dichosa! ¡serás teresiana!

¿Qué dicen ante este hecho tantas jóvenes tibias e indiferentes que, al parecer, olvidadas hasta de que son españolas, ni honran a Teresa de Jesús como a Madre, ni aún como a buena compatriota?.

Si ni la edad, ni los deberes domésticos impiden y detienen vuestro paso hacia esta Asociación venida como del cielo en días tan infortunados para la Iglesia y para la sociedad española principalmente; si no tomáis asiento en esta Asociación, donde la grey débil y tierna de la juventud femenil alimenta y nutre su espíritu con la doctrina y ejemplos de la doctora Teresa, ¿qué hemos de pensar de vosotras, jóvenes españolas? ¿Ah! Aunque sea triste confesarlo, lo diremos: es que no tenéis voluntad de perfeccionar vuestra alma, ni deseos de santificaros.

Vosotras vais a ser la poderosa palanca de la regeneración social; estáis destinadas a formar el corazón de la sociedad y a trazarle el camino del bien, de la Religión y del paraíso; porque ¿quién puede imaginar la influencia de la mujer católica formada en su juventud según el espíritu de Teresa de Jesús?

No olvidéis estas consideraciones de esperanza y de consuelo. Postradas a los pies de Jesús inspiraos en el ejemplo edificante que os da la desconsolada joven que motiva este artículo, y resolveos. Entre tanto yo os confío al cuidado de Teresa de Jesús, y elevo mi pobre oración por vosotras al buen Jesús de Teresa.

V.

CRÓNICA RELIGIOSA

España.- El domingo día 19 de septiembre comenzaron en Palencia las procesiones públicas para ganar el Jubileo. Terminados los Oficios de la mañana en la catedral, el señor Obispo ocupó el púlpito y pronunció un excelente sermón sobre la importancia del Jubileo, las condiciones prescritas por Su Santidad para ganarle y los grandes frutos espirituales que los fieles deben sacar de él. Terminado el sermón, los sochantres entonaron las Letanías de los Santos, y comenzó la procesión. Abría la marcha el pendón de la Asociación de las jóvenes de la Inmaculada Concepción, al que seguían inmensas filas de hombres, en las que se confundían todas las edades, clases y condiciones, figurando en ellas los expresados jóvenes con sus cintas y medallas. En medio de las filas iba también el precioso óvalo de la misma Asociación, y en pos de él caminaban los Hermanos de la venerable Orden Tercera de San Francisco con sus insignias. Seguía a éstos el clero y el Cabildo Catedral presidido por el Prelado, llevando la capa pluvial el Deán. En pos venían los empleados en las dependencias del Estado, los oficiales de guarnición en dicha plaza, el Ayuntamiento precedido por sus maceros y presidido por el Gobernador civil de la provincia, que llevaba a sus lados al Gobernador militar y al primer Alcalde, cerrando la procesión una inmensa multitud de señoras. El medio del mayor recogimiento, orden y compostura, la procesión recorrió multitud de calles. En cada iglesia se rezaba una estación, se hacía un rato de oración mental y se cantaba la antifona y oración del Titular. El acto terminó en la Catedral con la solemne bendición del Prelado. La concurrencia que acudió el domingo fue tan grande, que los espaciosos templos visitados no podían contenerla. En los tres días siguientes, las procesiones se verificaron por el mismo orden, y, aunque algo menor que el domingo, con una concurrencia extraordinaria para días de trabajo y con asistencia de las autoridades.

Elocuentísima prueba de la bondad de los sentimientos religiosos es el siguiente caso ejemplar que leemos en varios periódicos:

“En uno de los asilos piadosos de Valencia ha fallecido cierta albergada que un día fue dueña de considerable fortuna, de la cual se desprendió con tan extraordinaria generosidad, que bien merece referirse.

“Hija única de un padre que había logrado atesorar inmensas riquezas en el juego, casada, después viuda sin hijos, y heredera, al fin, de todas aquellas, considerando cuán ilícitos eran los medios por los cuales se había adquirido tanta fortuna, procuró averiguar quiénes eran los que más derecho tenían a ser indemnizados: lo supo de varios, devolviéndoles religiosamente las cantidades que en el juego habían perdido, y el resto de la herencia lo repartió entre los pobres, quedando ella miserable, pero rica de virtud, y henchida de satisfacción la conciencia. Trabajó mientras pudo, pero cuando una enfermedad crónica fue menoscabando sus fuerzas, pidió y obtuvo un puesto en el piadoso asilo en donde acaba de fallecer”.

Roma.- El 17 de septiembre Su Santidad elevó al orden del diaconado al de presbítero el cardenal Martinelli; hizo la ceremonia de cerrar y abrir la boca el cardenal Mac-Coskey; publicó los Cardenales creados y reservados in peto el 23 de marzo, que fueron Mattei, Vitelleschi, Simeón, Randi y Pacca; y creó y publicó al Cardenal de Rennes. Además proveyó, entre otra, las Sillas metropolitanas de Valladolid y Tarragona, y las iglesias catedrales de Mallorca, Astorga, Huesca, Vich, Menorca, Cuenca, Sigüenza y Gaudix. El conde Aquiles Salimei, guardia noble de Su Santidad, quedó como ab-legado apostólico encargado de llevar el birrete cardenalicio a Mons. Simeón.

- El príncipe de Torlonia, que había puesto bajo la protección de la Virgen Inmaculada la colosal empresa del desagüe del lago Tucino, acaba de erigir un monumento en honor de la Virgen en la embocadura del acueducto construido para dar salida a las aguas.

Ecuador.- El Dr. D. Gabriel García Moreno, presidente de dicha república, ha sido asesinado. Era católico, y se había decidido a gobernar según la doctrina católica. Esto era utilísimo para los pueblos; pero, por lo mismo, no podía menos de granjearle toda la indignación y todo el odio de la francmasonería. El mismo Sr. Moreno, que preveía este peligro, lo anunció muchas veces. Ha sido un verdadero mártir, porque los que le han dado muerte lo han hecho en odio a la Religión.

Estados-Unidos.- Un gran número de polacos, de la parte de su país sometido a la Prusia, han emigrado a la América del Norte, y con asentimiento del Gobierno de los Estados-

Unidos han fundado allí un nuevo estado. Esta nueva provincia será la trigésima séptima. Han constituido un Senado de doce individuos: seis sacerdotes y seis seculares. Tienen un diario oficial titulado: Gaceta católica polaca. Uno de los primeros actos del Senado ha sido votar la construcción de un buen número de Iglesias.

- En 3 de julio último The Catholic Review publicó una carta remitida por un corresponsal de Quito, capital del Ecuador, en donde, haciendo interesantísima relación de las circunstancias relevantes que adornaban al ilustre García Moreno, se decía:

“Los masones odian a Moreno porque no permite su asociación en la República, y le han amenazado con asesinarle; pero él no hace caso alguno, porque dice que sabe muy bien que le aborrecen por no querer transigir con sus planes, y que si le asesinan será en odio a la Religión, por cuya causa no tiene miedo a la muerte”.

Antes de dar el último suspiro, García Moreno tuvo tiempo para expresar su esperanza y su fe. Dios, dijo, no muere!

Florenia.- Se ha celebrado en esta ciudad el segundo Congreso católico italiano, adoptando resoluciones de suma trascendencia en bien de la Religión y la sociedad.

Suiza.- Después del destierro de Mons. Mermillod, después de la usurpación violenta de iglesias pertenecientes a los católicos, después de otros actos no menos despóticos que sería largo recordar aquí, el Gran Consejo de Ginebra ha coronado su obra, expulsando, sin excepción alguna, las Hermanas de la Caridad y las Hermanitas de los pobres. El bien que estas santas mujeres hacen allí donde se hallan establecidas, lo han hecho hasta hoy en Ginebra pacífica y activamente, sin ser gravosas a nadie, recogiendo de casa en casa todos los días el alimento para sus viejecitos, y dando llenas de abnegación y de dulzura su salud y su vida para curar las llagas, suavizar los dolores e iluminar las almas de los infelices a quienes las circunstancias, el vicio algunas veces, y a menudo también la ingratitude, habían dejado sin recursos. Las Hermanitas se proponen llevar consigo a Francia aquellos de sus ancianos que quieran seguir las, contando que la caridad que los alimentaba en Ginebra acudirá en su auxilio do quiera que vayan.

Jerusalén.- El monte Olivete ha presenciado una ceremonia que le anuncia nuevos días de bendición y de salud: tal es la colocación de la primera piedra de un convento de Carmelitas.

La princesa de la Tour-d’Auvergne adquirió hace algunos años en aquella montaña tan rica en preciosos recuerdos una propiedad bastante extendida y que encierra el lugar en que Nuestro Señor enseñó el Padre nuestro a sus Apóstoles, y el otro en que, según una tradición muy respetable, estos compusieron el Credo antes de separarse para ir a anunciar al mundo la buena nueva de salvación. Y juzgando como el mejor modo de honrar aquel lugar bendito la construcción de un convento de santas mujeres en donde resuenen las alabanzas del Señor, a pesar de las numerosas dificultades que entreveía para la realización de su piadoso proyecto, ha emprendido con resolución la obra; y sus esfuerzos serán con la ayuda de Dios coronados de feliz éxito. Cinco Carmelitas francesas se han instalado ya en el monte Olivete y allí difunden el buen olor de Jesucristo.

RETIRO MENSUAL – Día 15 de noviembre

Máxima

Aficionémonos al aumento de la Iglesia (Santa Teresa de Jesús)

Intención

La libertad de Pío IX

Reflexiones

Es propio de los amantes de Teresa de Jesús pedir grandes cosas en el día de su amada. ¿Qué pediremos sino la gracia que más deben apetecer unos hijos bien educados, los cuales, olvidando sus pesares y sus dolores, sólo se acuerdan de aliviar los de su padre amado? Pío IX, el santo pontífice de la Inmaculada y de san José, ha de ser el Pontífice a quién más favorezca Teresa de Jesús. Pidámosle, pues, con instancia a este fin en todo el mes, y Jesús de Teresa obrará un prodigio. Ofrezcamos por ello con oración la limosna y la mortificación a Jesús de Teresa y a Teresa de Jesús, y sea éste el ramillete espiritual de este mes.

GRACIAS

Que se pidan a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos

El triunfo de la iglesia y la paz del mundo.- La conversión de los pecadores.- Nuestras fundaciones religiosas.- España y las Órdenes religiosas.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE

	Suma anterior	Rs	3,490'60
EL director y Redactores			100
	Suma.....	Rs	3,590'60